

VIAJE DE MI MEMORIA

Versión revisada del artículo del mismo título, publicado por la revista *Escandalar* (Nueva York, 1981). Mario Toral nace en Santiago en 1934. En 1950 inicia un largo viaje que termina en París, donde reside entre 1958 y 1963. Allí recibe una beca del gobierno de Francia y obtiene el Primer Premio de Grabado en el Salón de Bellas Artes (1961). Regresa a Chile en 1963. Vive largos años en Nueva York y luego en Andalucía. Ha realizado un sinnúmero de exposiciones individuales y sus obras están expuestas en varios de los mejores museos de Latinoamérica, Europa y Estados Unidos.

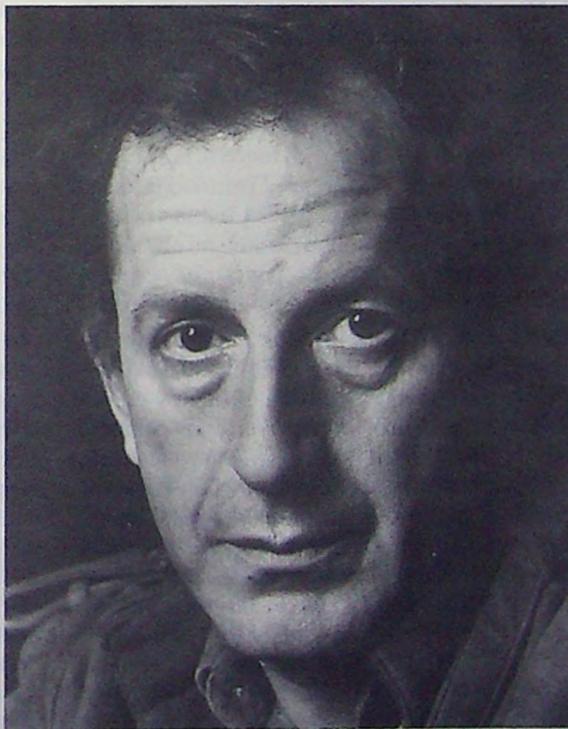
Entre otras distinciones, ha sido galardonado con el Premio al Mejor Artista Latinoamericano en la IX Bienal de Sao Paulo (1967) y con el Primer Premio Internacional de la Unión de Editores de Nueva York, por las ilustraciones del libro *Veinte Poemas de Amor*, con textos de Pablo Neruda (1970). Como académico, ha enseñado en la Universidad Católica de Chile y en la Universidad de Fordham (Nueva York); en 1975 recibe la beca John S. Guggenheim. Actualmente ocupa el cargo de Decano de la Facultad de Artes de la Universidad Finis Terrae.

En donde cuento algunas jornadas de mi pensamiento, misteriosas andanzas por los tejados y variadas aventuras en tierra firme. Todo en diez páginas tamaño oficio e incluyendo genuinos dibujos del autor cuando niño.

"Le soleil ni la mort ne peuvent se regarder fixement"

La Rochefoucauld

El reloj despertador suena esa mañana con tal ruido, que se me enrosca en el estómago como una serpiente. En general, sonaba a las 7, para ir al colegio, pero esta vez son las 3:30 de la madrugada. Tengo diez y seis años, voy a dejar a mi familia, mis amigos, el último año del colegio inconcluso, para partir solo, a la aventura, en un viaje que, en lugar de las tres semanas de vacaciones de invierno, se va a convertir en una ausencia de catorce años. Voy partiendo casi sin dinero a Buenos Aires, que será mi primera etapa de un recorrido que tiene a París como meta. El abrocharme los cordones de los zapatos, el tomar desayuno, todos los movimientos se untan con un aire ceremonial; cuando salgo a la calle, la bóveda del cielo y las estrellas pareciera que estuviesen más lejos. Los edificios de Provi-dencia han adquirido una altura insospechada y yo me siento frágil y diminuto. La noche es igual a otras, en las que, junto con mi amigo H.M. caminábamos discutiendo sobre el comunismo, la existencia de Dios o Picasso. Sin embargo, la noche tenía antes algo protector y romántico, ahora es inhóspita y siento algo raro en el estómago. Con ese



Mario Toral

amigo habíamos leído *Escenas de la Vida Bohemia*, de Henri Murger, y París se nos entró en las venas. Ibamos a partir juntos, pero el día anterior, con los billetes ya comprados, llega a mi casa un poco cortado y sin el tono de complicidad que asumíamos para planear el viaje me informa que su padre se lo ha prohi-

bido. Ese amigo ahora es dentista.

En la estación Mapocho espero el Transandino. Me viene a la cabeza, de sopetón, lo que he abandonado. ¡Adiós la pieza de mis libros! ¡Adiós mi colección de estampillas! ¡Adiós los ojos de mi madre! ¡Adiós las peleas con mi hermana!

En la maleta llevo algunos libros que nunca tendré tiempo de leer, y una caja de pinturas al óleo que nunca voy a usar. Mi madre me la había regalado. Mi padre nunca me entendió, ni yo a él. (Tal vez lo podría entender ahora, pero es demasiado tarde). Lo habían traído muerto a la casa hacía dos años. Yo abrí la puerta. Era la noche de Navidad. Mi padre era de un pequeño pueblo de Asturias, y cuando bajaba de la sierra a Oviedo, con sus ropas de campesino, los niños le gritaban: "*montañuco, montañuco, en tu tierra canta el cuco*". En Chile hizo

buenos negocios y llegó a tener una fábrica de zapatos, la "American Shoes", que él pronunciaba "American Choezzz", y mandó a Pepito, nuestro medio hermano, a estudiar a Europa. Pero ni mi hermana ni yo conocimos esos tiempos de esplendor. Mi abuela materna se llamaba Ernestina y era de Concepción. La re-

cuerdo con sus ropas negras impecables, orgullosa de su pelo blanco que se lavaba con quillay y que secaba al sol pasándose un peine de carey. Había tenido diez y seis hijos, de los cuales mi madre era una de las menores. Desde pequeño manifesté interés por los libros y llevaba costosos volúmenes de propiedad de mi padre, empastados en cuero, con las *Obras Completas* de Moratín y la *Vida de las Abejas*, a canjearlos por los modestos fascículos de la Colección Marujita, que me traían las mágicas vidas de las hadas, de los elfos y de los duendecillos.

Toda mi infancia pasó en una vieja casona de la calle Molina. Mi ocupación favorita era jugar en los tejados, desafiando los gritos de mi madre: "Chiquillo, te vas a romper la cabeza", o de los vecinos: "Ya anda por ahí ese cabro de moledera rompiendo las tejas", o cosas peores. Con habilidad, se podía ir saltando entre calaminas y tejas a casi todos los techos de la manzana, observando la vida doméstica en los patios arbolados y tirándole piedras a los gatos. No era fácil y era peligroso, pero supongo que eso era lo que me atraía.

Entre esos techos había un lugar del tamaño de una habitación, con enormes vigas renegridas por dentro. Sólo se podía ver a través de una abertura como ventana y adentro parecía la concha de un navío o el estómago de un monstruo. Nunca me atreví a entrar, pero pasaba largos momentos observando en el interior formas casi indiscernibles, tal vez muebles rotos, pero que me sobrecogían con miedo y reverencia. En esas andanzas por las techumbres siempre encontraba cosas interesantes, clavos doblados de extrañas maneras, arandelas oxidadas, vidrios de colores, diarios color mostaza, volantines rotos, gomas quemadas y retorcidas por el sol, pelotas de trapo, de tiros mal dirigidos por los muchachos que jugaban pichangas en la calle. Una vez encontré una paloma muerta, a la que se le veían los huesos entre las plumas. En uno de los patios había una empleada doméstica muy jo-

ven, que se llamaba Flor y a la que, mientras refregaba la ropa en una artesa, los senos se le subían y bajaban. Eso me producía mucha inquietud, pero no sabía por qué.

En el colegio me gustaba la clase de Zoología, porque al comienzo de cada materia había que dibujar un animal. En cambio, detestaba la de Dibujo, porque había que hacer las cosas con regla. Cuando era bien niño acostumbraba hacer siempre un dibujo que representaba un hombre con un hacha cortando un árbol. En primer plano, pintaba una verja con postes de madera que hacía con mucha atención, imitando las vetas de la madera. (Fig. 1). Más tarde, recuerdo un dibujo, un paisaje, en que el tema era una casa con colinas, todo hecho solamente

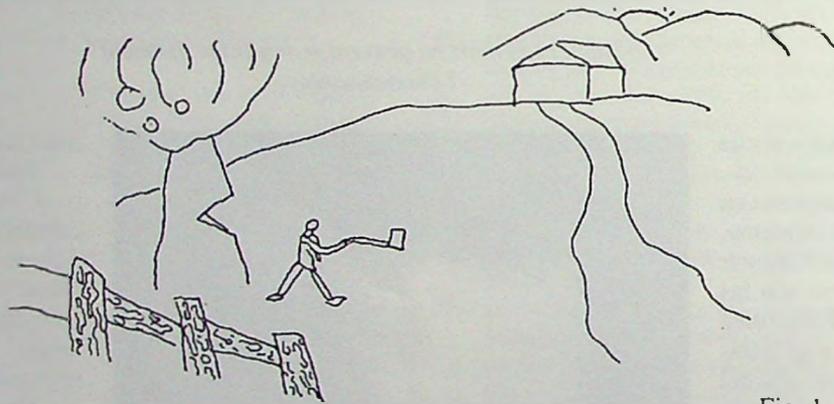


Fig. 1

con pequeñas líneas repetidas. (Fig. 2). Después, me dio por dibujar una bailarina, con una rodilla en el suelo y con la cabeza, los brazos y el pelo echados hacia atrás. (Fig. 3). Siempre le hacía unas sandalias con unos cordones subiéndolo hasta la rodilla, como romana. Supongo que sería la moda de aquel entonces. Pero, sobre todo, me gustaba dibujar porque podía estar solo y perderme dentro de mis sueños.

Ya estoy instalado en la tercera clase del Transandino. El tren lleva mayormente obreros, que van por cortas temporadas a hacer dinero a Buenos Aires o a Mendoza. Ya ha salido el sol y el tren, con los pitazos y el bullicio de los pasajeros, toma un aire festivo. Más tarde, para subir a las montañas, le pondrán cremalleras y algunos viajeros, ya que el tren va tan lento, se bajarán y caminarán al lado de los vagones. Me hago amigo de tres pasajeros. Son albañiles que van

a Buenos Aires, "a la que salga". A la hora de almuerzo sacan salchichones, marraquetas, pollos enteros. El más viejo ya ha estado en Buenos Aires y habla con aplomo de las porteñas, de las peleas de box en el Luna Park, donde vio pelear una vez a Fernandito. Me convidan vino y pan y, con un muslo de pollo en la mano, me siento mejor y comienzo a olvidarme de mi tristeza. (*El joven viajero comienza a darse cuenta que la vida es algo así como una novela*). Conocen un hotel en la Boca que responde al ágil nombre de "La Voladora" y me uno a ellos. Después de algunos días, cuando se les está por acabar el dinero, parten contratados a Bahía Blanca. Nos despedimos emocionados, porque nos hemos tomado cariño. "No comai mucho, cabrito".

se despide uno, riendo. Se rompe el último vínculo con Chile.

Mi dinero también se acaba rápidamente y vendrán días de correr la liebre, como dicen los porteños ... dormir en estaciones - la de Retiro era mi preferida - en el puerto, en tubos de cemento al lado de la vía férrea, en silos altísimos donde se subía

por una escalera de fierro infinita y el viento silbaba y parecía como que me iba a llevar, en trenes de carga ... Recuerdo que en uno de ellos estaba durmiendo con los zapatos como almohada, cuando despierto con el tren en movimiento. Me cuesta abrir la pesada puerta de corredera y me largo y ruedo por el suelo. ¡Olvido mis zapatos en el tren! Hice mil oficios diversos, mozo de restaurante, estibador, aprendiz de carpintero, lavador de autos, acomodador de cine. Cada día era un acontecimiento. En un restaurante trabajé más tiempo. El dueño es un gordo bonachón, don Ramiro. Su mujer es alta, orgullosa, el pelo negro recogido en un moño tirante. Almuerzan después de los clientes, con el peluquero vecino. Un día de asueto regreso tarde y, al pasar por la despensa contigua al restaurante siento ruido, enciendo la luz y veo a la dueña con el pelo suelto, medio desnuda, entre los sacos de azúcar, y el pelu-

quero encima, que me miran airados.

Es la época de gloria de Perón. Su perfil está por todas partes, junto con el de Evita, y con la leyenda "Perón cumple, Evita dignifica". Voy a la gran manifestación en la que el pueblo le va a pedir a Evita que acepte la Vicepresidencia. Puro teatro, porque ya ha sido vetada por los generales. El mar humano vocifera: *sí, sí, sí*. Eva Perón, con su modulada voz de actriz, dice: *no, no, no*.

En esto de ganarse el techo y el pan de cada día, París se ve a distancia sideral, pero Montevideo está al otro lado del río. (*El joven viajero siente que tiene que ponerse en marcha; ya ha pasado casi un año*).

No tengo pasaporte y, como soy menor de edad, necesito el permiso de mis padres. Oigo decir que Río de la Plata arriba, se puede pasar por un puente a Brasil, y de ahí a Uruguay, y que es fácil hacerlo sin documentos. Parto a Paso de los Libres, que es la ciudad del lado argentino del río, pero, antes de llegar, en Concordia, se me acaba el dinero y trabajo de ayudante de barman en un hotel. Están filmando la película "El Gaucho" y los actores - Rory Calhoun entre ellos - y los técnicos están hospedados en el hotel. Aparezco como extra en una escena de multitudes. En el hotel también está alojado un poeta español itinerante, que va por las pequeñas ciudades recitando poemas sobre prostitutas que son buenísimas y sobre madres que mueren tuberculosas la noche que, por fin, el hijo sale de la cárcel. Como sólo pide agua pura y no da propinas, le pregunto si sabe "Garrick" y me lo recita como una cortesía. Sigo a Paso de los Libres, donde no encuentro un hotel barato y paso una de las noches más felices de mi vida durmiendo con luz de luna en una plantación de naranjas. Trabajo en un club de pacotilla donde, por abusos profesionales, desafío a un mozo, a un correntino, a pelear afuera. Cuando me estoy sacando la chaqueta para pelear, como en el colegio, el hombre saca un cuchillo y es tal la impresión que me caigo de espaldas. Terminamos en la cárcel. En el club he conocido a un brasilero muy simpático que me va a pasar la maleta, para no despertar sospechas cuando cruce el puente internacional. Cruzo el puente, pero no veo más a mi amigo ni a la maleta. De Uruguaiana sigo a Santana do Livramento, trabajan-

do en el trayecto en la zafra del algodón y en otras actividades agrícolas. Me siento sano, quemado por el sol y, si no fuera porque no tengo dinero y sólo poseo lo que llevo puesto, me sentiría como un turista. Con un jornalero compartimos algunas leguas de camino. Sentados al lado de una acequia, nos sacamos los zapatos, y mientras el agua fresca hace descansar nuestros dedos hinchados, me conversa importantes materias sobre la ruta. De repente, para de hablar, y con expresión intrigada me pregunta: "Oiga, ¿usted sabe leer?" Para evitar crear distancias le digo que no.

En Santana me entero de otro problema. Es necesario ir donde el cónsul de Uruguay y conseguir un documento para cruzar la frontera, que es una calle, y pasar a Rivera. Como presiento que, por ser menor de edad, voy a tener problemas, decido falsificar mi fecha de nacimiento en la cédula de identidad, pero al escribir encima de la raspadura que hice con una gillette, la tinta se corre. El cónsul me hace preguntas y se entera de mis propósitos. "Hasta un ciego se daría cuenta que esta cédula ha sido alterada; cuando yo tenía su edad pensé hacer lo mismo, pero preferí esperar y hacerlo como diplomático. Le voy a dar el permiso". Ahora, necesitaba el dinero para el pasaje. En un bar, oigo hablar de un chileno que es constructor y tiene varias obras en marcha. Le pido trabajo y le explico que es para juntar el dinero para un pasaje a Montevideo. El hombre mete la mano al bolsillo y me da los dieciocho pesos que cuesta el viaje. Me sorprende tanta generosidad. Después, me entero que la ruta que he hecho, ciudad por ciudad, es el camino de los carteristas chilenos, que el constructor me ha creído uno de ellos y que hace todo lo posible para que no se queden en la ciudad y antagonicen su posición social y le busquen líos.

En el tren, sentada frente a mí, va una niña con la que comenzamos a cruzar miradas. Sube la policía y comienzan a pedir los documentos. Extiendo el papel que me dio el cónsul, pero además me piden la cédula. En la cara del policía veo que estoy perdido, que no son gente para escuchar historias. En la primera estación me bajan. Siento la mano del agente como una tenaza en mi brazo, y ya en el andén, me ponen esposas. Me siento avergonzado: la niña está miran-

do la escena desde la ventana. (*El joven viajero piensa que si tuviera personalidad debería darle un empujón al policía, correr a la ventana y decirle a la niña: "No, no soy un criminal, soy un estudiante que anda dando la vuelta al mundo". Pero no se atreve y sólo baja la vista humillado y se mira los zapatos*). El cónsul arregla la situación tirando la cédula a la basura y dándome un "passe-partout", con el cual puedo llegar a la capital y sacar nuevos documentos.

Llego a Montevideo con veinte centavos. Es justo el Carnaval, hay gran algazara y veo negros por primera vez. La alegría es contagiante. La muchedumbre se dirige a un parque. Me acoplo a la farándula. Por los altoparlantes me llega una canción que repiten una y otra vez:

"Lo veremos triste y amargado, lo veremos triste y sin amor.
Lo veremos triste y amargado,
porque la chica del lado,
Dijo que no".

(*El viajero piensa, filosóficamente, que quien no tiene un problema tiene otro. Para él, la máxima felicidad sería estar en una casa con olor a comida y con sábanas limpias en la cama*). Al atardecer, termino tendido en unas rocas al lado del mar. Los ojos se me cierran y dormito con el ruido de las olas. Entre sueños escucho conversaciones y, entre medio, la palabra "guagua". Despierto y veo que encima de mí, sobre unas rocas más altas, hay unos pescadores. Paro la oreja y me doy cuenta que son chilenos. Uno de ellos resulta que tiene un restaurante y me voy con él esa misma noche, contratado de mozo. Su señora es grande, maternal y es la que cocina. Ceno regiamente con ellos. Pasan los días y noto extrañas idas y venidas, personas que llegan con paquetes, conversaciones en clave. Finalmente - me explicarán ellos mismos - son todos ladrones, la mayor parte carteristas, y el restaurante es una fachada para reunirse, cambiar informaciones, comercializar las mercaderías y justificar un medio de vida. Mi paurón es don Luis para los no iniciados, más conocido en el ambiente como "El Chico de las Paperas". La policía comienza a caer seguido al lugar y don Luis me aconseja que me vaya, porque me

voy a perjudicar. Me regala de despedida una lapicera de oro y una cartera de cuero de cocodrilo. Cuando me los da, me guiña un ojo.

Trabajo de albañil, en la estiba del puerto. Vivo con una señorita "que se busca la vida". Como soy celoso, la cosa no resulta. En un café de la Ciudad vieja, el "Monterrey", trabajo de mozo. Una vez que voy a la cocina, los mozos están haciendo un concurso de quién tiene el miembro más grande. Para mayor nitidez, ponen un plato por debajo. Me convidan a participar, pero me excuso porque dudo de ocupar un lugar honorable. Finalmente encuentro un trabajo muy conveniente: pintar figuras de yeso para pesebres. Al comienzo me darán camellos, burros y vacas, después al Niño Jesús y la Virgen. Como desarrollé una gran habilidad para pintarlos, con algunas pocas horas diarias me basta para mis gastos y tendría de esta manera el tiempo libre para poder entrar al turno vespertino de la Escuela de Bellas Artes.

Es un tiempo que recuerdo con nostalgia; fueron tres años de comunión diaria con la pintura. No es que pintáramos o dibujáramos mucho; en realidad, recuerdo muy pocos trabajos de esa época. Pero era una confirmación de nuestra vocación probándola en discusiones acaloradas, a veces al borde de irnos a los puñetes, por la defensa o el ataque de cual o tal pintor. Hasta la madrugada en un café de Pocitos, con muchas botellas de vino, sin muchos argumentos pero con mucha pasión, a golpes de puño en la mesa insultábamos a Botticelli, a Vermeer, a Klee, y los reducíamos a enanos que pintaban como señoritas. En cambio, Goya y Picasso sí que eran buenos pintores, porque pintaban con las tripas. Un mes más tarde, Botticelli y Vermeer serían sublimes, únicos, y Goya, pura emoción incontrolada. Ninguno de nosotros había visto cuadros originales, ni siquiera muchos libros de arte, pero ¡qué importaba! Uno del grupo, el gordo Damián, era más culto y trataba de encaminar nuestras discusiones objetivamente. Además, pintaba y ya hacía obras con un cuño personal. Recuerdo un autorretrato mío de esa época, la cara dividida en dos planos, uno violeta y el otro amarillo. En el lado violeta, yo parecía como sacado de cuentos de hadas; en la parte amarilla, parecía atacado de ictericia, pero parecía "moderno". En una visita de inspección,

el director vio el cuadro y me dijo: "Total, en esta escuela no se pinta así". Después, en el café diríamos: "¿Que tengamos de director a un tipo que no entiende de arte?". Van Gogh, Gauguin, Toulouse-Lautrec, eran nuestros pintores predilectos, más que nada por sus vidas atormentadas. Con un amigo, fuimos una vez a pintar al campo en una noche de luna y nos pusimos velas en el sombrero, como lo habíamos visto en el cuadro de Van Gogh. Tuvimos que desistir, porque, o las velas se apagaban o caía espermatozoos en los colores.

En grupos, con las niñas, leíamos los diarios de Delacroix y de Gauguin. A la sombra de esas lecturas, sentados juntos en el suelo, nacerían muchos romances. Más tarde nos pondríamos más sofisticados, pues seríamos admitidos en el grupo de los mayores, que ya partici-

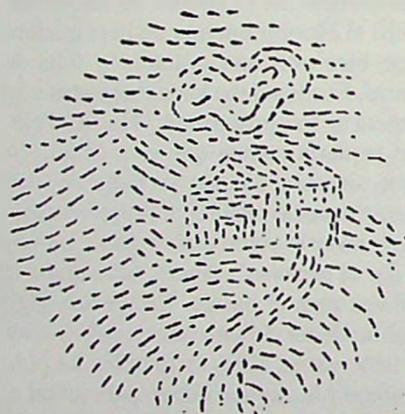


Fig. 2

paban en los Salones y que ya "sabían" de pintura. Los Torres-García dominaban el panorama pictórico uruguayo. Los hijos enseñaban con propiedad, aunque con dogmatismo, los preceptos del padre, ya fallecido. Pasar por el taller de los Torres-García daba un cierto "cachet". Yo nunca fui, pero, de segunda mano, tomé el concepto de la paleta limitada de blanco, negro, azul ultramar, tierra de Pozzuoli y ocre, que adopté yo mismo y más tarde enseñaría a mis alumnos. Me di cuenta que la base de la pintura es saber poner un color al lado del otro. Decidimos transformar la Escuela, implantar un programa humanista y moderno, echar a los profesores retrógrados e invitar a nuestros ídolos. Al final, la reforma se hizo, pero yo ya no estaría. Uruguay pasaría por grandes reveses económicos, como país depen-

diente de la exportación de un solo producto, la carne; a causa de tener beneficios sociales que no se podían financiar, por el reemplazo de la lana por las fibras sintéticas y, sobre todo, por una oligarquía voraz e incompetente. Ese mundo de pequeña provincia placentera sería reemplazado por la opresión policial, y algunos de mis compañeros, que tomaron posición política, desaparecerían con la represión.

Nos hemos enterado que en la II Bial de Sao Paulo, entre otros platos fuertes, va a haber cien cuadros de Picasso, "Guernica" inclusive. Decidimos ir en viaje de estudios. Entretanto, el Hotel de Pocitos organiza un concurso teniendo como tema la playa de Pocitos. Participan los alumnos de la escuela y otros pintores jóvenes. Para mi sorpresa, gano uno de los premios. Para juntar dinero para el viaje a Sao Paulo hacemos campeonatos de tango y remates de cuadros que han donado pintores conocidos y, por fin, nos vemos navegando entre Montevideo y Santos, leyendo en la cubierta del navío los consejos para pintar de Juan Gris.

En Sao Paulo conseguimos alojamiento gratuito en el Estadio de Pacaembú. Pasamos el día entero en el Parque Ibirapuera, donde está instalada la Bial. Me impresiona el modernismo de la arquitectura, el dinamismo de la ciudad, la apertura hacia lo nuevo de los brasileños, aunque las diferencias sociales son más extremas que en Montevideo, con las masas de inmigrantes famélicos del nordeste acampando en las calles. En comparación, Montevideo se ve provinciano, y Buenos Aires, una imitación de lo europeo. Me siento en un mundo lleno de posibilidades y, como no tengo nada que me haga volver a Montevideo y ya estoy aburrido de pintar burros y vírgenes, decido quedarme en Brasil.

Por vez primera, puedo ver los originales de pinturas que sólo había visto en libros. Juan Gris, con sus colores densos, sólidos, me impresiona profundamente, "Guernica" me deja sin aliento. Más tarde, en su taller de Río, Portinari nos diría sobre este cuadro: "El tema no da para una pintura tan grande; yo habría hecho una pequeña aguafuerte..." Opinión muy curiosa, ya que casi toda su obra sale de la mano de la mujer de rodillas.

Trabajo de dibujante, con un decorador, algunas horas al día. El resto del tiempo, tal vez inspirado por la variedad del arte que vi en la Bienal, pinto intensamente. Siento la cohesión de mi persona directamente relacionada a las imágenes llenas de misterio de mi niñez, y el encuentro con los grandes maestros modernos hace que esas visiones de magia interior salgan con fluidez y espontaneidad. Son cuadros de atmósfera nocturna y feérica, donde las masas oscuras son iluminadas con destellos insólitos de verde veronés o azul de sèvres. Vivo en una pensión, en una habitación sin ventanas, con un sastre de compañero, que se queja de los olores del óleo. La habitación es pequeña, por lo que tengo que sentarme en la cama, poner el cuadro en el respaldo de una silla y desmontar todo si el sastre quiere pasar al armario.

Los cuadros se acumulan en las paredes, encima del armario, debajo de la cama. Me viene un impulso, a causa de la misma reclusión, de irme a Manaos, a la selva. Pero, antes, decido mostrárselos al Director Técnico del Museo de Arte Moderno. El Musco goza de gran prestigio y es el organizador de las bienales. Después de varias tentativas, consiente en ver mis cuadros. La dueña de la pensión, honrada por la visita de un director de museo, me ofrece su living para que muestre mis obras. El día de la visita el salón está reluciente, y sobre la mesa hay un mantel albo con un enorme jarrón con flores. He distribuido mis cuadros alrededor de la habitación, donde un viejo pensionista jubilado se atorquilla en un sofá. Llega el Director Técnico, mira mis cuadros y dice que están bien, y vagamente me indica que si se organiza una exposición colectiva de pintores jóvenes me invitará. Pero pasa el tiempo, y como nada se concreta, resuelvo atreverme a ir a hablar con el Director Ejecutivo del Museo, Sergio Milliet, un poeta, ensayista y con aureola de "connoisseur". Lo he conocido socialmente, y en el bar del Museo lo abordo y le ofrezco mostrarle mis cuadros. Me dice que le traiga algunos a la oficina. Al día siguiente me apersono con seis cuadros, los mira con atención, llama al Director Técnico y a una secretaria y les dice: "Hay que hacerle una exposición individual a Toral". La primera fecha libre es en algunos meses más, en abril de 1955, y así queda con-

certada la exposición. Salí flotando del Museo, tenía veintidós años y decidí dejar la selva para otra ocasión.

Hasta ahora, mi vida había sido vertiginosa, sin control, "a la que salga". Entonces, me di cuenta que si quería ser pintor tenía que dedicarle mucho tiempo a la pintura, porque cuando hay una idea frágil e insegura, las telas ya tienen que estar preparadas. Aún tendría que trabajar para ganarme la vida, aunque mis primeras exposiciones tuvieron éxitos de crítica y de ventas. Rubén Martins, con su cara redonda y alegre, es el amigo que me inicia en la sabrosa comida brasileña, en las macumbas, en Noel Rosa y Fernando Pessoa. Me llama "Fósforo", porque nunca puedo pronunciar bien la letra "o" abierta del portugués. Viajo a Bahía, donde cada santo del año tiene su propia iglesia, y luego a Ouro Preto, donde vivo una temporada preparando una exposición. Allí me sorprende la noticia del suicidio de Getulio Vargas, astuto y populachero, que dominó por varias décadas la vida política brasileña.

En Ouro Preto el tiempo se ha detenido en el agua quieta de sus fuentes de piedra, en el polvo de las esculturas barrocas de los templos, en la figura de una mujer que vaga llorando por las calles y que dice que es condesa y que fue amante de "Tiradentes". Con los estudiantes de la Escuela de Minas haríamos serenatas con "violao" en las ventanas de las muchachas. Una de las canciones, sobre una flor de Minas Gerais, decía:

"Si a Perpetua cheirase, seria rainha
das flores
Mais como a Perpetua nao cheira, nao
é a rainha
Das flores".

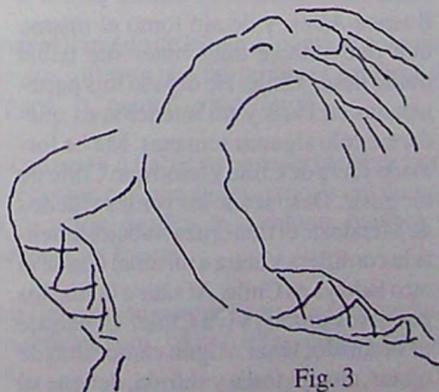


Fig. 3

Vuelvo a Sao Paulo, expongo varias veces, ilustro libros, hago grabado, participo en las bienales ... pero aún tengo que trabajar para vivir. Esta vez me dedico a hacer dibujos textiles. La empresa ha ganado mucho dinero con mis dibujos, y veo muchas mujeres por las calles, con mis creaciones. Recibo una gratificación muy generosa de fin de año, de siete meses de sueldo. Me viene una inspiración súbita, voy donde el gerente, renuncio a mi puesto ese mismo día y me voy a pintar por varios meses a una playa semisolitaria, al sur de Santos, donde arriendo un galpón de botes, para usarlo como taller.

Allí pinto una serie de cuadros con mucha textura, casi bajorrelieves. Ponia capas de arena con cola sintética y esmaltes, y los quemaba con soplete. Repetía la operación varias veces: las superficies se hinchaban y reventaban y los esmaltes de abajo afloraban a través de cráteres y grietas. El conjunto tenía un aspecto natural y milenario, como el paisaje volcánico, con fósiles, de Isla de Maipo. Esa fue mi última exposición en Brasil. (*El viajero siente que está listo para París. Hace ya siete años que dejó Chile*).

París bien valía una misa. A poco de llegar, estaba haciendo grabado en la Escuela de Bellas Artes, y me integré a una cofradía de pintores catalanes. Cuando no había "perras", pasábamos de la pintura de caballete a la de paredes. Vienen entonces los días de caminatas por calles con nombres como "rue du chat qui peche" o "rue du vieux Colombier", de los bailes de Quatre Arts, de encontrar postales y libros extraños en los estantes de los "bouquinistes" del Sena, de visitar el Jardin des Plantes y el Zoo - donde Rousseau pintó sus selvas con animales tropicales - de ver a los viejos jugando a los bolos los domingos, el Louvre y los nenúfares de Monet en el Jeu de Paume; de sentarse al atardecer en la punta del Vert Gallant y ver abrirse el Sena a los dos lados, disfrutar el 14 de julio y bañarse en la piscina Deligny, dentro del Sena, cuya temporada era inaugurada por los estudiantes de Bellas Artes, que cruzábamos desnudos el Quai desde la Escuela, sólo llevando zapatos y calcetines y dos pequeñas telas en ambos brazos ... El café Mabillon, la panadería donde compraba la "baguette" todas las mañanas y donde la vende-

dora siempre decía "Bonjour, monsieur. dame", aunque uno estuviera solo, y los carros alegóricos con falos gigantes, que arrastrábamos desde la Escuela al Panteón, donde eran quemados.

El orfeón de la escuela ensaya en nuestro taller; el ruido es estrepitoso. Un alumno alemán se queja al profesor y éste le responde: "je m'excuse monsieur, mais je ne peux rien faire, c'est la tradition". También visitamos los barrios populares donde se baila la java, las quintas de recreo como el Moulin de la Gallette, magistralmente pintado por Renoir. Yo tenía una motocicleta vieja que, rezongando, nos subía a mí y alguna amiga a ver la ciudad de noche, a la colina de Montmartre. En ella fui con un amigo de peregrinación a la tumba de Van Gogh en Auvers. Sólo hay una cruz plantada en la tierra, rodeada de cardenales, al lado de la tumba de Theo, pero su mausoleo son los campos de trigo que se ven empinándose sobre el muro, el cielo añil, los pájaros negros subiendo y bajando...

Yo tenía un buen departamento con ducha y agua caliente, un gato siamés que se quedaba mirándome, echado sobre un aparador, con sus redondos ojos seculares, mientras me quedaba dormido. En plena guerra de Argelia, estoy en la Cinemateca cuando se interrumpe la función y se anuncia que los generales vienen con los paracaidistas a hacer caer al Gobierno, que quiere dar la independencia a Argelia. Salimos en tropel al Ministerio de Hacienda, donde dicen que nos van a dar armas para defender la República. Pero el "grand Charles" salva la situación.

Gano dos becas consecutivas del Gobierno. Giacometti, con su aspecto de recién salido de la cama, comenta nuestros grabados cuando va en busca de Henri Adam al taller para almorzar, o cuando se estrena alguna película de Jean Cocteau, o cuando se estrena una pieza de teatro que da una función gratuita para el Beaux Arts. En esta última ocasión, él, como dueño de casa, recibe con un apretón de manos en la puerta. Mientras tanto, los viejos profesores académicos, Legion d'Honneur, Prix de Rome, intrigan en contra de Adam, aunque ha sido nombrado en la Escuela por André Malraux, y siguen pintando los bancos con flores del Luxemburgo como si nada hubiera pasado. Más tarde, mue-

re la gran dama de la canción francesa, de las "boulangeries", se oye una sola canción, al unísono:

No, rien de rien. Non, je ne regrette rien
Ni le bien qu'on m'a fait ni le mal je m'en fou du
Passeé...

Cocteau, que le dice su oración fúnebre, muere algunos días más tarde. Algo se termina en Francia. Vendrán los Supermarkets, Superman y Woody Allen. Me siento bien en este París internacional. Tengo amigos de todas partes del mundo y se hacen ediciones de mis grabados. París no es tan melancólico como el libro de Henri Murger. Sigo "pat'e perro": con un amigo nos vamos a dedo de París a Jerusalén, vía Trieste, Atenas, Istanbul, Haifa. Me quedo en un kibutz por tres meses. Vuelvo a París, continúo haciendo grabado y frecuento la casa de Jean Paulhan.

He trabajado por seis años en una larga serie de grabados que reflejan mi recuerdo de lugares en que nunca he estado. Tal vez para no desaparecer en la urbe, necesitaba crear una tradición, solidificar mi pasado ancestral. "Soy un pintor sudamericano", decían mis aguafuertes, pareciendo ora tejidos indios, ora solemnes templos simétricos, recortados en el espacio, ora muros gastados por el tiempo, con inscripciones borradas. La mayor parte de ellos tiene formas ovaladas, que partían desde el centro en un movimiento pendular hacia los lados. En el eje, dos pequeños círculos, tal vez los ojos de mi gato. Mi vida está organizada, he cambiado de café, doy pequeñas comidas, cuando en eso me dan ganas de ir a Brasil y Chile.

A Sao Paulo llego en avión. Después, tomo el barco en Santos para ir a Buenos Aires, y de ahí tomo el mismo tren que catorce años antes me había traído desde Chile. He dejado mis pertenencias en París y mi intención es quedarme sólo algunas semanas. Me he formado fuera de Chile y temo que Chile no me guste. Después de los verdes viñedos de Mendoza, el tren cruza trabajosamente la cordillera y entra a un túnel donde al otro lado ya es Chile. Al salir a la luz, los pasajeros gritan ¡Viva Chile! El paisaje es desolado, lunar. Algún campesino de ojotas, de cara tosca y sufrida, detiene su

paso para observar el tren. Hay muchos cactus y, sobre todo, piedras y más piedras. El aire transparente le da precisión a los contornos. Siento mi país y, con timidez, como de la garganta para adentro y un poco atrasado (ya vamos a llegar a Los Andes), me sale un ¡Viva Chile!

Mi hermana y Pepito están esperándome. Después, iremos a casa, donde está mi mamá. (*El viajero siente sus hombros más anchos; ahora tiene treinta años y se ha curtido con tantas experiencias, ha navegado por tantos mares, siente que ha crecido*). Mi madre me besa, me abraza, me mira de alto abajo y dice: "¡Este chiquillo! ¡Está igual, yo pensé que iba a volver hecho hombre!"

Esta es la parte de mi vida que veo con claridad. Pareciera que mi memoria es al revés de un dispositivo mecánico. A los acontecimientos más lejanos les veo un propósito, cierta claridad. Este viaje, el VIAJE de mi vida, donde tanto sufrí, donde tanto gocé, donde a porrazos me encontré un poco a mí mismo, donde con ojos admirados de adolescente me enteré de tantas costumbres diferentes, me sorprendí con tantas personas, ciudades y paisajes. ¿Quién podría beber algo más delicioso cuando, hambriento y con frío en las calles de Buenos Aires, juntaba las monedas para pagar un chocolate caliente? ¿Dónde existe un lecho más mullido que los sacos de trigo que finalmente encontraba en una bodega, para desplomar allí mi cuerpo cansado?

Fui muy bien recibido en Chile. Había traído la serie de los "Totems" desde París. Enseñé dibujo y pintura en la Universidad Católica, hice varios libros con Pablo Neruda, pinté la serie "Torres de Babel" - que partió poniendo la presencia humana en los "Totems" - viajé y presencié los cambios políticos: De Alessandri a Frei, y de Frei a Allende. Compré un pedazo de tierra con derecho a ver la cordillera todos los días. En febrero de 1973 fui invitado a exponer en Washington D.C. En septiembre, estando en Nueva York, me entero del golpe de Estado.

Decido no regresar a Chile. Vivo una temporada en Andalucía. Nace la serie "Prisioneras de Piedra", que era como fragmentos de cuerpos envueltos por cortinajes o por una atmósfera densa, irrespirable. Después, los cuerpos se distienden en el espacio, oprimidos, derrotados. Como odio la violencia, ella



"Estatuas en Cobalto", óleo sobre tela de Mario Toral de 160 x 160 cm.

No hay edad precisa para escuchar el llamado de lo que denominamos vocación. En el libro de J. Richardson, **Picasso, los primeros años**, se nos informa que las primeras palabras de Pablo, de apenas una docena de meses, no fueron las clásicas "papá" o "mamá", sino "rojo".

Grandma Moses, sin embargo, comenzó a hacer su obra seriamente siendo ya abuela. La historia verídica que aquí se reproduce, y que ahora, a través del tiempo, me parece un cuento escrito por otra persona, es el relato de una vocación, de años de aventuras, hambre, soledad, compañías, de ocupación a jornada completa en encontrarme a mí mismo.

Pero, sobre todo, es el encuentro lleno de emociones con esa sorprendente actividad que se llama Pintura. A manera de dedicatoria, quiero señalar aquí: "A todos los jóvenes y futuros artistas de todas las Escuelas de Artes, dondequiera se hallen ..."

está siempre presente en mi trabajo. La serie "Paisajes humanos" dará origen a las "Máscaras". Cada uno de estos períodos quiere decir muchas acuarelas, cientos de croquis y dibujos. Cada fase ha sido la obsesión por plasmar una nebulosa, una idea imprecisa que, de mero balbuceo, se convertirá en algo definitivo y real. Me interesa la transformación, el cambio; si también hay belleza, es que se me ha dado por añadidura. Pienso en júbilo, en placer sensual, en dolor, en conflicto, en cosas antagónicas. Necesito el ocio para olvidar el ritmo ajeno, el de la ciudad. Quiero vivir mi propio ritmo y poder escuchar en soledad mis voces interiores, Mi carácter, soñador por naturaleza, tal vez necesitaba el rudo encuentro con la vida en esa edad temprana, y los oficios que practiqué (barnizador, carpintero, pintor de paredes) siempre me han servido de algo. Como cualquier hombre maduro, a costa de mis propias experiencias me he ganado el derecho de sentir el dolor de los demás, y lo que hago parte, muchas veces, de ver una injusticia, y es como el eco de un clamor de liberación. Estoy agradecido del hombre que tenía un almacén al lado de mi casa cuando yo era niño, y que detrás del mostrador pintaba tomates, botellas de aceite, en fin, las cosas que vendía. Creo que al verle transformar esos objetos en formas y colores

despertó en mí el deseo de hacer lo mismo algún día, transformar una realidad en otra. Tal vez, el Renacimiento fue una puesta de sol y no una alborada, y en lo que hago ahora me muestro más torpe, más desnudo y vulnerable, sin avergonzarme por ello. Creo que no hay nada nuevo bajo el sol, y he encontrado mis cabezas con grandes atuendos en bajo-relieves destrozados por la selva en Palenque, o mis Torres de Babel en fragmentos deshilachados de tejidos incas.

Están ausentes de estas líneas mis hijos André y Francisca, Aracy, Lucy, Loreto y Celia, con los cuales he vivido dando tumbos entre la ternura y el conflicto. También están ausentes otras compañeras que de un modo más breve, pero también más significativo, iluminaron algunas de mis jornadas. Tampoco están los amigos, tantos y tan buenos, que no los merezco, porque ¡soy tan peleador y porfiado! Ha sido difícil separarlos de estas páginas, porque con ellas y con ellos he subido a los templos, he contemplado los cuadros, he compartido la sal, el vino y el pan. Pero siento que cada uno de ellos necesitaría más de las diez carillas que me han pedido para estas mínimas confesiones y, por lo tanto, estas páginas sólo quedan como un engendro de atlas de geografía y guía telefónica.

Algunos de los que antaño fueron estudiantes, son ahora apasionados y conocidos pintores. Otros ya no están, como el gordo Damián, que era demasiado sensible para vivir en este mundo y que se retiró de él voluntariamente. O Rubén Martins, con su sonrisa de sol, que murió de cáncer a los treinta y un años. A veces pienso que dónde estará el amable cónsul de Santana, para mandarle mis catálogos y decirle que sí, que finalmente llegué a París.

Somos un granero de emociones contrarias, de aciertos y errores. Tal vez, para comprendernos, tendríamos que volver a la niñez, cuando la realidad y la disciplina comenzaron a frustrar nuestras fantasías ancestrales, cuando perder la inocencia fue el precio que tuvimos que pagar para entrar en la vida. Saber por qué me atraían los pechos de la Flor, o por qué me atraía la pieza oscura, cuando saltaba por los techos de mi barrio. A veces, en algún gesto, en alguna pieza de Mozart, en algún poema o cuadro bien logrado, nos llegan esos destellos de esa presencia anterior al saber, el conocimiento de una ignorada dimensión del hombre más allá del mismo hombre, más allá de la naturaleza, cuando en tiempos pretéritos lo de adentro y lo de afuera componían una sola esencia. □